

Lethierry examinó la máquina.

El farol y la luna se ayudaban mutuamente para alumbrarle.

Pasó revista á todo el mecanismo.

Vió las dos palas que estaban á un lado. Examinó el árbol de las ruedas. Pasó al camarote, que encontró vacío.

Volvió á la máquina y la tocó. Metió la cabeza en la caldera. Se puso de rodillas para verla interiormente.

Dejó en el horno su farol cuya luz iluminó todo el mecanismo y produjo casi la ilusion de una máquina encendida.

Soltó despues una carcajada, y levantándose, con la mirada fija en la máquina, con los brazos tendidos hácia la chimenea, gritó: ¡Socorro!

La campana del puerto estaba en el malecon á pocos pasos; corrió hácia ella, cogió la cadena y empezó á repicar la campana impetuosamente.

II.

SIGUE LA CAMPANA DEL PUERTO.

Gilliatt, en efecto, despues de una travesía sin incidente, aunque algo lenta por el pesado cargamento de la panza, habia llegado á Saint-Sampson cerrada ya la noche, mas cerca de las diez que de las nueve.

Gilliatt habia calculado la hora. Se habia verificado la media marea. Habia luna y agua para entrar en el puerto.

La pequeña abra estaba dormida. Habia fondeados en la ensenada algunos buques, con las velas cargadas, encapilladas las copas, y sin fanales. Se percibian en el fondo algunas barcas que se estaban recorriendo, en seco en el carenero. Gruesos cascos desarbolados, levantando enci-

ma de su bordaje, descoyuntado las puntas curvas de su costillaje desmantelado, se parecían bastante á escarabajos muertos echados de espaldas, con las patas al aire.

Gilliatt, no bien hubo pasado el boquete del puerto, examinó el andén y el malecón. Ni en los Bravées, ni en ninguna otra parte, había luz alguna. No transitaba nadie, esceptuando tal vez un solo hombre, que acababa de entrar en el presbiterio ó de subir de él. Y no podía asegurar Gilliatt que fuese una persona, esfumando la noche todo lo que dibuja y no haciendo la luna nada que no sea indeciso. La distancia se añadía á la oscuridad. Además, el presbiterio se hallaba situado en el otro lado del puerto, en un solar en que actualmente hay una cala cubierta.

Gilliatt había atracado silenciosamente al pie mismo de los Bravées, y había amarrado la panza á la argolla de la Duranda debajo de la ventana de mess Lethierry.

Después saltó á tierra por encima del bordaje.

Dejando detrás á la panza, Gilliatt dió vuelta á la casa, tomó una callejuela, luego otra, no miró siquiera en la encrucijada el camino que conduce al Bu de la Calle, y á los pocos minutos se detuvo en aquel esquinazo en que había una malva campestre que tenía en junio flores de color de rosa, acebos, hiedra y ortigas. Allí es donde oculto entre zarzas, sentado en una piedra, muchas veces en los días de verano, por espacio de largas horas y hasta de meses enteros, había contemplado por encima de la tapia del jardín de los Bravées, tan fácil de saltar, y por entre las ramas de los árboles, dos ventanas

de un cuarto de la casa. Encontró la piedra, encontró las zarzas, encontró la tapia siempre baja, el ángulo oscuro como siempre, y como una alimaña que vuelve á su cobil, mas bien deslizándose que andando, se agazapó. Luego que estuvo sentado, se quedó inmóvil. Miró. Volvía á ver el jardín, las alamedas, los arriates de flores, las dos ventanas de la casa. La luna le mostraba aquel cuadro. Es horrible en ciertas ocasiones que el hombre se vea obligado á respirar. Gilliatt hacía cuanto le era dado para impedirselo.

Le parecía ver un paraíso fantasma. Tenía miedo de que todo aquello se disipase. Era casi imposible que aquellos seres se hallasen realmente ante sus ojos, y si se hallaban, no podía ser sino con la inminencia de desaparición que tienen siempre las cosas divinas. Un soplo, y todo se disiparía. Gilliat temblaba.

Muy cerca, delante de él, en el jardín, en la orilla de un sendero, había un banco de madera pintado de verde. Acordémonos de este banco.

Gilliatt miraba las dos ventanas. Pensaba en un sueño posible de alguien en aquel cuarto. Detrás de aquella pared, se dormía. Hubiera querido no estar donde estaba, y hubiera preferido morir á marcharse. Pensaba en un aliento que levantaba un pecho. ¡Ella, aquel espejismo, aquella blancura en una nube, aquella obsesión flotante de su espíritu, estaba allí! Pensaba en aquel inaccesible que estaba dormido, y tan cerca, y como al alcance de su éxtasis; pensaba en la mujer impasible entregada al sue-

ño, y visitada, ella también, por las quimeras; pensaba en la criatura deseada, lejana, inaccesible, con los ojos cerrados, con la frente en la mano; pensaba en el misterio del sueño del ser ideal; pensaba en los sueños que puede formar un sueño. No se atrevía á pensar mas allá y sin embargo pensaba; se arriesgaba hasta llegar á las faltas de respeto del delirio; le turbaba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel; la hora nocturna abierta para las miradas furtivas á los ojos tímidos; él se reconvenía por ir tan lejos; temía cometer una profanación con solo reflexionar; á pesar suyo, forzado, obligado, estremecido, miraba en lo invisible. Experimentaba la sensación, y casi el dolor, de figurarse un corpiño sobre una silla; una manta echada sobre el tapiz, una cintura desabrochada, una manteleta. Se imaginaba un corsé, un cordón con herretes que se arrastraba por el suelo, unas medias, unas ligas. Tenía el alma en las estrellas.

Las estrellas están formadas lo mismo para el corazón humano de un pobre como Gilliatt que para el corazón humano de un millonario. Al llegar á cierto grado de pasión, todo hombre está sujeto á profundas ofuscaciones. Razon es demás para experimentarlas la circunstancia de tener una naturaleza áspera y primitiva. El salvajismo se agrega al desvarío.

El enagenamiento es una plenitud que se desborda como otra cualquiera. Ver aquellas ventanas era para Gilliatt casi demasiado.

De pronto la vió á ella misma.

De entre el ramaje de un bosquecillo ya poblado por la primavera, salió, con una inefable lentitud espectral y celestial, una figura, un vestido, un semblante divino, una casi claridad debajo de la luna.

Gilliatt se sintió desfallecer. Era Deruchette. Deruchette se acercó. Se detuvo. Dió algunos pasos para alejarse, volvió á detenerse, y luego se sentó en el banco de madera. La luna plateaba los árboles, algunas nubes divagaban entre las estrellas pálidas, el mar hablaba á media voz á las cosas de la sombra, la ciudad dormía, del horizonte subía una bruma, reinaba una profunda melancolía. Deruchette inclinaba la frente, y tenía los ojos pensativos que miran atentamente sin mirar nada; estaba sentada de perfil, con la cabeza casi descubierta, llevando una gorra desatada que permitía ver en su delicada nuca la raíz de los cabellos, rollaba maquinalmente una cinta de su gorra alrededor de uno de sus dedos, la penumbra modelaba sus manos de estatua, su vestido era de uno de esos colores quebrados que la noche hace parecer blancos, los árboles se movían como si fuesen accesibles al encanto que de ella se desprendía, veíase la punta de uno de sus pies, había en sus pestañas inclinadas hácia abajo la vaga contracción que anuncia una lágrima reprimida ó un pensamiento rechazado, sus brazos tenían la indecisión encantadora de no hallar donde apoyarse, alguna cosa un poco flotante se mezclaba con toda su actitud; no tanto era una luz como un resplandor y mas parecía una gracia que una diosa, los pliegues in-

feriores de su corpiño eran esquisitos, y su adorable semblante meditaba virginalmente. Tan cerca estaba, que estaba terrible. Gilliatt la oía respirar.

Habia en la enramada un ruiñeñor que cantaba. El paso del viento por las ramas ponía en movimiento el infame silencio nocturno. Deruchette, hermosa y sagrada, aparecía en aquel crepúsculo como el resultado de aquellos rayos y de aquellos perfumes; todo aquel encanto inmenso y disperso se refería misteriosamente á ella, y en ella se condensaba, y se dilataba en ella. Parecía Deruchette el alma flor de toda aquella sombra.

Toda aquella sombra, flotante en Deruchette, pesaba sobre Gilliatt. Gilliatt estaba loco. Lo que experimentaba no se puede espresar con palabras; la conmoción es siempre nueva y el vocablo ha servido ya siempre; de ahí la imposibilidad de espresar la conmoción. La postración del encanto existe. Ver á Deruchette, verla á ella misma, ver su vestido, ver su gorra, ver la cinta que vuelve alrededor de uno de sus dedos, ¿es acaso posible figurarse una cosa semejante? ¿Estar cerca de ella, es acaso posible? ¡Y oír la respirar! ¡respira pues! entonces respiran los astros. Gilliatt se estremecía. Era el mas miserable y el mas insensato de todos los hombres. No sabía qué hacer. El delirio de verla le anonadaba. ¡Cómo! pensaba, ¿es ella quien está allí, y soy yo quien está aquí?» Sus ideas, ilusas y fijas, se detenían en aquella criatura como en un carbunco. Miraba aquella nuca y sus cabellos. No se decía siquiera que todo aquello era suyo, que antes de

poco, mañana tal vez, él tendría el derecho de tocar aquella gorra, el derecho de tentar aquella cinta. Soñar hasta tal extremo, hubiera sido un exceso de audacia que ni siquiera concebía. Tocar con el pensamiento, es casi tocar con la mano. El amor era para Gilliatt como la miel para el oso, el sueño esquisito y delicado. Pensaba confusamente. No sabía lo que tenía. El ruiñeñor cantaba. Gilliatt se sentía espirar.

Levantarse, saltar la tapia, acercarse, decir soy yo, hablar á Deruchette, no se le ocurrió semejante idea. Si se le hubiera ocurrido, hubiera huido. Si algo parecido á un pensamiento llegaba á brotar en su espíritu, era éste, era que Deruchette estaba allí, que él no tenía necesidad de mas, y que la eternidad empezaba.

Un ruido sacó á ella de su enagenación y á él de su éxtasis. Alguno andaba en el jardín. No permitían los árboles ver quién era. Era un paso de hombre.

Deruchette levantó los ojos.

Los pasos se acercaron, y cesó luego su ruido. La persona que andaba acababa de detenerse. Debía estar muy cerca. La senda en que estaba el banco se perdía entre dos espesillos. Allí estaba aquella persona, en aquel espacio intermedio, á algunos pasos del banco.

La casualidad había dispuesto de tal modo las espesuras de las ramas, que Deruchette veía al recién llegado, pero no le veía Gilliatt.

La luna proyectaba en el suelo, desde el bosquecillo al banco, una sombra.

Miró á Deruchette.

Ella estaba muy pálida. Su boca entreabierta iniciaba un grito de sorpresa. Se habia medio levantado del banco y dejado caer en él de nuevo; se notaba en su actitud una mezcla de fuga y de fascinacion. Su asombro era un encanto lleno de miedo. Casi tenia en los labios el centelleo de la sonrisa y en los ojos un brillo de lágrimas. Estaba como trasfigurada por una presencia. No le parecia que el ser que veía fuese de la tierra. Habia en su mirada la reverberacion de un ángel.

El ser, que para Gilliatt no era mas que una sombra, habló. Una voz salió del espejillo, mas dulce que una voz de mujer, y que era sin embargo una voz de hombre. Gilliatt oyó estas palabras:

—Señorita, yo os veo todos los domingos y todos los jueves; me han dicho que antes no frecuentábais tanto la iglesia. Es una observacion que se ha hecho, perdonadme. Yo nunca os habia hablado porque tal era mi deber; hoy este mismo deber me obliga á hablaros. Debo desde luego dirigirme á vos. El *Cashmere* parte mañana, á lo que se debe que haya venido. Todas las noches os paseais por vuestro jardín. Seria en mí una indiscrecion conocer vuestras costumbres, si no abrigase el proyecto que abrigo. Señorita, vos sois pobre, y yo desde ayer soy rico. ¿Me quereis para marido?

Deruchette juntó sus dos manos en ademan de súplica, y miró al que le hablaba, muda, con las pupilas inmóviles, temblando de pies á cabeza.

La voz prosiguió:

—Yo os amo. Dios no ha hecho el corazon del hombre para que calle. Puesto que Dios promete la eternidad, es evidente que quiere que dos sean uno. Hay para mí en la tierra una mujer, sois vos. Pienso en vos como en una oracion. En Dios está mi fe y en vos mi esperanza. Las alas que yo tengo vos las llevais. Sois mi vida, y hasta mi cielo.

—Señor, dijo Deruchette, no hay nadie en la casa para contestaros.

La voz se levantó de nuevo:

—Yo he tenido este dulce sueño. Dios no prohíbe los sueños. Me haceis el efecto de una gloria. Os amo apasionadamente, señorita. Vos sois la santa inocencia. Yo sé que esta es la hora en que todo el mundo está acostado, pero no podia escoger otro momento. ¿Recordais aquel pasaje de la Biblia que nos han leído? Génesis, capítulo veinte y cinco. Yo nunca mas he dejado de pensar en él. Lo he vuelto á leer con frecuencia. El reverendo Hérode me decia: teneis necesidad de una mujer rica. Yo le contesté: No, tengo necesidad de una mujer pobre. Señorita, os hablo sin acercarme, y hasta retrocederé si no quereis que mi sombra toque vuestros pies. Vos sois aquí la soberana; vendreis á mí si quereis. Amo y espero. Sois la forma viviente de la bendicion.

—Señor, balbuceó Deruchette, yo no sabia que me observasen los domingos y jueves.

La voz continuó:

—Nada se puede contra las cosas angélicas. Toda la ley es amor. El matrimonio es Canaan. Vos sois la belleza prometida. ¡Oh, llena de gracia, yo os saludo!

Deruchette respondió:

—Yo no creía conducirme peor que las demás personas que eran exactas. La voz prosiguió:

—Dios ha puesto su intencion en las flores, en la aurora, en la primavera, y quiere que se ame. Vos sois bella en esta oscuridad sagrada de la noche. Este jardin ha sido cultivado por vos, y en sus perfumes hay algo de vuestro aliento. Señorita, los encuentros de las almas no dependen de ellas. No era culpa nuestra. Vos asistiais á los oficios, y yo estaba allí; hé aquí todo. Yo no he hecho mas que comprender que os amaba. Algunas veces mis miradas se fijaron en vos. Hice mal, ¿pero cómo ha de ser? todo ha venido mirándoos. No pude evitarlo. Hay voluntades misteriosas que están encima de nosotros. El primero de los templos es el corazon. No aspiro á mas paraíso terrenal que á tener vuestra alma en mi casa, ¿lo consentís? Mientras he sido pobre, nada he dicho. Sé vuestra edad. Teneis veinte y un años y yo veinte y seis. Mañana parto, y si no accedeis á mi demanda, no volveré. ¿Quereis ser mi prometida? A pesar mio, mis ojos mas de una vez han dirigido ya á los vuestros esta pregunta. Os amo, respondédme. Hablaré á vuestro tio apenas pueda recibirme, pero entre tanto me dirijo á vos. A Rebecca es á quien se pide Rebecca. A no ser que vos no me améis.

Deruchette inclinó la frente, y murmuró:

—¡Oh! ¡yo le adoro!

Lo dijo con una voz tan baja, que solo lo oyó Giliatt.

Permaneció con la frente baja como si el semblante en la sombra pusiera en la sombra el pensamiento.

Hubo una pausa. Las hojas de los árboles no se movian. Era uno de aquellos momentos severos y pacíficos en que al sueño de las cosas se agrega el de los seres, y en que la noche parece escuchar las palpitaciones de la noche clara. En medio de tanto recogimiento, se levantaba, con una armonía que completa un silencio, el ruido inmenso del mar.

La voz repuso:

—Señorita.

Deruchette se estremeció.

La voz continuó:

—¡Ay! yo espero.

—¿Qué esperais?

—Vuestra respuesta.

—Dios lo ha oido, dijo Deruchette.

La voz se hizo entonces casi sonora, y al mismo tiempo mas dulce que nunca. Las palabras salieron del espejillo, como de un tizon ardiendo.

—Tú eres mi prometida. Levántate, y ven. Que el techo azul en que están los astros asista á esta aceptacion de mi alma por tu alma, y que nuestro primer beso se mezcle con el firmamento.

Deruchette se levantó, y permaneció inmóvil, con la

mirada fija, sin duda en otra mirada. Después, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caídos y los dedos de las manos separados como cuando se anda á oscuras por un lugar desconocido, se dirigió hácia el espejillo y desapareció.

Un momento después, en lugar de una sombra en la arena habia dos, dos que se confundian, y Gilliatt veia á sus pies alzarse aquellas dos sombras.

El tiempo huye de nosotros como de un reloj de arena, y nosotros no tenemos el sentimiento de esta fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos.

A un lado aquella pareja, que ignoraba que tuviese un testigo y no le veía, al otro este mismo testigo que no veía tampoco á la pareja, pero que sabia que estaba allí, ¿cuántos minutos permanecerian en semejante suspensión misteriosa?

Seria imposible decirlo.

Se oyó de repente un ruido lejano, y una voz gritó: ¡Socorro! y sonó la campana del puerto. Es probable que la felicidad, celestial y ébria, no oyese el tumulto.

Siguió el repique de la campana. El que hubiera buscado á Gilliatt en el ángulo de la pared, no le hubiera encontrado.

LIBRO SEGUNDO

EL RECONOCIMIENTO EN PLENO DESPOTISMO.